

Cuadernos del Sur

Número 12 ■ Marzo de 1991

Tierra  fuego
del

LA CRISIS DEL GOLFO: UN PUNTO DE VISTA LATINOAMERICANO

*Guillermo Almeyra - Hugo Moreno**

Como ciudadanos de un país cuya dictadura hizo la aventura militar de las Malvinas, utilizando la reivindicación legítima de las islas ocupadas por una potencia extranjera, y donde las fuerzas armadas cometieron crímenes abominables y fueron responsables de la desaparición de 30.000 personas, queremos exponer brevemente algunos puntos que, en nuestra opinión, merecen reflexión en momentos en que el mundo se encuentra amenazado por las consecuencias incalculables de la aventura militar de Saddam Hussein y de la política belicista de Estados Unidos y sus seguidores.

No pueden pretender defender la democracia asesinos de su propio pueblo, como los militares argentinos, los del régimen sirio, los turcos o los representantes de regímenes dictatoriales o feudales. No pueden defender la autodeterminación de los pueblos quienes como Estados Unidos agredieron Vietnam, invadieron Cuba, hicieron el bloqueo y la guerra contra Nicaragua, invadieron Santo Domingo, Granada, Panamá, bombardearon Libia, para no recordar más que algunos hechos más recientes. Ni tampoco Israel o Siria que invadieron y ocuparon el Líbano, o como Turquía que invadió y ocupa desde hace doce años la mitad de Chipre.

No pueden hablar de defender la legalidad internacional en nombre de la O-NU los que, como Estados Unidos, desconocieron los fallos del Tribunal Internacional de La Haya que condenó su agresión a Nicaragua e hicieron nulas to-

* Guillermo Almeyra, periodista, corresponsal de "Uno más Uno" (México)
Hugo Moreno, historiador, docente en la Universidad de París, VIII.

das las innumerables resoluciones en defensa de los derechos de los Palestinos, ocupados militarmente por Israel y sometidos a un régimen militar totalitario, y a una represión brutal y continúa.

Estados Unidos ocupa militarmente el Golfo y está dispuesto a provocar allí una guerra que tendría enormes consecuencias mundiales, con el objetivo de destruir la única potencia militar árabe, controlar totalmente el petróleo, frenar las posibilidades de desarrollo económico de sus competidores europeos y japoneses dependientes del petróleo de la región y debilitar, al mismo tiempo, aún más la potencia declinante y en crisis de la URSS. Su embajadora en Bagdad, April Glaspie, y el subsecretario de Estado, John Kelly, hicieron creer al dictador iraquí que Estados Unidos no intervendría en el caso de una ocupación de Kuwait que la movilización de Irak hacía prever. Para Estados Unidos, Kuwait no sólo es únicamente un pretexto sino que también se puede ver en el proceso de adopción de la decisión de Saddam de invadir ese país, una maniobra estadounidense preconcebida de intoxicación de un hombre que el Pentágono conocía como aventurero y que fue, durante ocho años, su principal punto de apoyo en la región y el favorito de todos los vendedores de armas.

Junto con Israel, que hace diez años bombardeó ya Bagdad en tiempos de paz, Washington no quiere en realidad la paz y la legalidad en el Golfo, sino la destrucción de Irak, el sometimiento de la nación árabe, el aislamiento y el aplastamiento de los Palestinos. Saddam Hussein, culpable de una sangrienta dictadura en Irak, de la masacre de los kurdos, a los cuales niega la autodeterminación, de una guerra inútil y terrible contra Irán que costó un millón de muertes y enormes destrucciones materiales, agrega a estos crímenes su aventurerismo en Kuwait que le hizo caer en la trampa que le tendieron sus enemigos (hasta ayer, sus principales aliados y sostenedores) y permite así a Estados Unidos instalarse con cientos de miles de soldados en el corazón del mundo árabe. Irak y la nación árabe deben ser defendidos de estos agresores, pero Saddam Hussein y su dictadura deben ser aislados y repudiados.

Las reivindicaciones iraquíes sobre Kuwait, como las de Argentina sobre las Malvinas, son legítimas, no solo por los antecedentes históricos y porque las potencias coloniales impusieron en su época fronteras trazadas artificialmente para dividir y debilitar a las naciones que oprimían, sino también porque la riqueza petrolera es del pueblo árabe, no de un puñado de jeques y jefes de tribu esclavistas y corrompidos. La democracia más elemental exigen la supresión de los regímenes monárquicos del pasado y de las dictaduras que oprimen la nación árabe, para que ésta pueda decidir libremente sus eventuales fronteras y su futuro disponiendo en su propio beneficio de sus riquezas que hasta hoy usu-

fructúan sus gobernantes y sus aliados extranjeros.

La democracia y la autodeterminación de Kuwait forman parte del problema de la democracia y la autodeterminación en todo el Cercano Oriente, para los habitantes de Kuwait (sean o no ciudadanos), para los libaneses, para los palestinos. Una Conferencia Internacional de Paz sobre todos los problemas de la región es la única alternativa a una guerra en la región y, quizás, a una nueva guerra mundial. Sólo los intereses espúreos o la miopía intelectual y política pueden impedir la comprensión de una dinámica que conduce a una terrible catástrofe a la región del Golfo y al mundo entero.

Estados Unidos impone a sus aliados una política que puede ser fatal, no sólo por la posible destrucción de fuentes de energía fundamentales y de importantes mercados, agravando la crisis económica y creando problemas ecológicos de consecuencias incalculables, sino también porque el Pentágono no puede estar seguro de cuáles podrían ser las eventuales reacciones del ejército soviético en el caso de una guerra.

Un sector muy importante del establishment de Estados Unidos y de Israel están dispuestos a hacer la guerra y, si es necesario, a provocarla. Esto engendra particularmente en los pueblos del Tercer Mundo y en los países árabes e islámicos, un odio legítimo contra los belicistas y ocupantes de los territorios palestinos. Ese odio es desviado por los racistas y por los mismos servicios de intoxicación de la opinión pública del Pentágono y de Israel, que quieren desprestigiar a sus opositores y provocar una reacción antiracista, un reflejo de unidad nacional entre las víctimas locales de su política (los americanos y judíos que morirán por responsabilidad de sus gobiernos) y los victimarios.

Esta situación crea un clima propicio para los “negacionistas” (los cretinos que niegan el crimen nazi sobre el pueblo judío), que en nombre de un “tercermundismo” teñido a veces de izquierda, tratan de identificar a Bush con el pueblo de Estados Unidos y al gobierno del Estado sionista con los judíos en general. Estos sembradores de odio racial y envenenadores de las mentes deben ser aislados por todos los progresistas del Tercer mundo y, en particular, los árabes que tienen un interés esencial en diferenciar a los que sus enemigos quieren unir, en encontrar aliados y en demostrar la pureza y la legitimidad de su causa. La responsabilidad de los intelectuales y de toda persona progresista en Europa es asociarse en la lucha contra la guerra y contra todos los vendedores de baratijas ideológicas de derecha o de izquierda.

París, 2 de enero de 1991